

santuario en el día del triunfo y del *Hossanna*, de las aclamaciones populares al Salvador, que muy luego habían de trocarse en blasfemias é irrisiones, nos revela, sin duda, lo poco que debemos confiar en la vanidad de las cosas de la tierra, y nos advierte de las súbitas y tristes mudanzas de la veleidosa fortuna; que las hojas del laurel y de la palma del triunfo se marchitan y se secan, y se convierten, al fin, en ceniza.

Los mismos objetos inanimados, aunque augustos y venerandos en sus múltiples significaciones, que presencian esta imponente ceremonia, testifican en favor de su verdad experimental y terrible: la lámpara que brilla ante el tabernáculo, convirtiendo su mecha en ceniza, sobre el fruto de la oliva, que la presta vida incesante y fulgor, y animacion y tranquilos destellos; los cirios encendidos sobre el ara santa, dejando caer su pábilo en polvo sobre la blanca y misteriosa manufactura de las abejas; y hasta el incensario mismo, que perfuma con sus aromas y envuelve en columna de humo vaporoso la materia de esa unción simbólica, al ser bendecida por la mano augusta del sacerdote, siente la presión de la ceniza sobre las encendidas ascuas que contiene, y las ve consumirse lentamente bajo una espesa capa que las cubrirá, por fin, arrebatándolas por completo el calor y la vida; no cabe duda alguna: ¿todo, hasta en el recinto mismo del templo, parece repetir y confirmar las frases infalibles é incéfables de la Iglesia.

Unicamente el mundo no las quiere escuchar, aunque la naturaleza toda las apoye; por eso el mun-